

Religiones e imperios en el Próximo Oriente

Ciertas organizaciones de carácter al mismo tiempo religioso y militar (o terrorista), como Al Qaeda, los salafistas, los Hermanos Musulmanes o los GIA (Grupos Islámicos Armados) se muestran hoy muy activas en algunos países musulmanes, sobre todo del Próximo Oriente. Al mismo tiempo, algunos países de tradición cristiana disponen de economías y ejércitos poderosos que les permiten intervenir, más o menos abiertamente, en esa región. Además, con ocasión del último conflicto armado entre Estados Unidos e Irak, los jefes de Estado de ambos países no dudaron en invocar a Dios, revistiendo así sus respectivas empresas bélicas de una intencionalidad religiosa. ¿Quiere todo ello decir que nos encontramos ante «una nueva» guerra de religión? ¿O son otros los motivos que los han arrastrado a esos sangrientos enfrentamientos?

La respuesta a esta pregunta no puede ignorar las características propias de cada religión —que pueden descubrirse en sus propios orígenes—, sus respectivas tradiciones más o menos acordes con dichos orígenes y, sobre todo, los choques más importantes que se han producido en los dos últimos siglos entre sectores importantes del mundo islámico y del mundo cristiano.

Islam y cristianismo en sus orígenes y tradiciones

El *Mensaje de La Meca*, en el que Mahoma expresa su esperanza de alcanzar la reconciliación de los hombres y las religiones sobre la base de la sumisión a Dios, sin necesidad de recurrir a guerra o conquista alguna, expresa la inspiración primera de la experiencia musulmana, hasta el año 622. Tras la ruptura que supuso la *Hégira*, como consecuencia de la persecución de la que el Profeta fue objeto por parte de los clanes más influyentes de la ciudad, su primer proyecto religioso adoptó rasgos más políticos y violentos. Su vuelta victoriosa a La Meca le confirmó en la necesidad de consolidar el Estado islámico que había fundado en Medina para llevar a término una *Umma*, es decir, una comunidad al mismo tiempo religiosa y político-social.

La *Yihad* es un constitutivo esencial de dicha comunidad. Este término se entiende a dos niveles muy diferentes: al mismo tiempo como esfuerzo creyente a favor de la pacificación de cada musulmán y como guerra santa (aunque tampoco faltan Hermandades que la entienden como una especie de pacifismo místico). De hecho, las victorias de los ejércitos musulmanes constituyeron un factor muy importante de la rápida expansión del islam.

Jesús de Nazaret, en cambio, se mostró absolutamente opuesto a toda ambición política y totalmente independiente de cualquier autoridad («Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»), al mismo tiempo que enseñaba y practicaba una no violencia radical. A pesar de ello, la mayor parte de las Iglesias cristianas han practicado la alianza con el poder, han promovido o bendecido campañas militares y recurrido a la violencia del «brazo secular» para defender o propagar la fe cristiana.

No obstante, muchas guerras que los manuales de Historia han denominado «guerras de religión», como las que tuvieron lugar en la Europa del siglo XVI entre católicos y protestantes, obedecieron al principio «*cuius regio eius et religio*», según el cual toda discrepancia religiosa constituía un atentado a la unidad política, y fueron en consecuencia desencadenadas por los respectivos poderes políticos.

Esta misma mentalidad, con sus inevitables consecuencias, sigue aún en vigor en la mayoría de los países musulmanes. En cambio, tanto entre los católicos como entre los protestantes de Europa, una guerra de religión parece hoy algo tan absurdo como imposible.

La colonización europea de los países árabes

El período colonial de los siglos XIX y primera mitad del XX está hoy casi totalmente olvidado en los países colonizadores. Pero no así en los colonizados, en los que esa herida sigue sangrando. Los países colonizadores eran todos culturalmente cristianos. Mientras los colonizados eran musulmanes: todos los países del Norte de África, más Siria, Líbano, Palestina, Jordania, toda la península arábiga, Irak e Irán. Afganistán consiguió escapar en 1919 a sucesivos intentos de colonización por parte de la Gran Bretaña; pero no así los musulmanes de Pakistán y de la India.

Para mayor exacerbación del sentimiento anticolonialista y antioccidental, el período colonial se cerró con las decisiones ambiguas e injustas de Gran Bretaña hacia los palestinos, con motivo de la creación del Estado de Israel (1948), decisiones que desembocaron en la expulsión de un gran número de ellos de sus tierras y la instauración de una violencia que no ha cesado desde entonces. El valedor incondicional de Israel –hasta permitirle disponer del arma nuclear de manera ilegal– ha sido, una vez más, un país de tradición cristiana: los Estados Unidos. Hoy, de nuevo, los musulmanes emplean el apelativo de «cruzados» –con una fuerte carga de odio y desprecio– para designar a todos los oriundos de países cristianos que emplean la fuerza de las armas en territorios musulmanes. La cuestión palestina ha afectado directamente a los países árabes vecinos (Jordania, Siria y Líbano) e, indirectamente, a todos los países musulmanes.

El complicadísimo equilibrio interno de un país como Irak es también, en buena parte, herencia de la época colonial. Mientras el numeroso pueblo kurdo quedaba sin Estado y repartido en otros cuatro Estados

de la región, se dejaba a Irak la difícil tarea de conciliar a kurdos, suníes y chiíes, una tarea hoy aún sin acabar y sin que se sepa cómo podrá acabarla el gobierno que salga de las próximas elecciones.

Neocolonialismo occidental

Tras la descolonización, nace un nuevo nacionalismo árabe, más ambicioso. Nasser quiere devolver su orgullo perdido a «toda la nación árabe». Pero las antiguas potencias coloniales de la región, Francia y Gran Bretaña, intervienen militarmente en Egipto (1955) para impedir la nacionalización del **canal de Suez** en una clara demostración de prepotencia. Finalmente, la operación se resuelve a favor de Egipto porque EE UU no puede tolerar otra grave crisis mundial al mismo tiempo que la de Hungría, y retira su apoyo a los europeos.

Poco antes, en 1952, se había producido en Irán el acontecimiento más significativo y anticipador de las futuras injerencias de los países occidentales. El gobierno democrático de **Mossadegh** intentó negociar con Londres un nuevo reparto de beneficios con la compañía *Anglo-Iranian Oil Co.* Finalmente, el pleito fue zanjado a favor de Irán por el Tribunal Internacional de La Haya. Entonces, con el fin de derribar a Mossadegh, Londres impuso a todas las capitales occidentales un boicot contra el crudo iraní. Resultado: mayor apoyo popular al gobierno legítimo de Irán. Pero los occidentales no se dan por vencidos y la CIA norteamericana monta un golpe de Estado a favor del general Zahedi, un antiguo simpatizante nazi. La posterior represión se cobra miles de muertos y Mossadegh queda recluido hasta su muerte. Era la primera gran batalla por el petróleo de Oriente Próximo.

La estrecha colaboración en torno al petróleo de dos países tan opuestos por otros motivos, como son **Arabia Saudí** y los EE UU, es otro capítulo significativo de esta época neocolonial. La gran amistad entre la familia Bush y los grandes magnates saudíes, el apoyo norteamericano a Bin Laden para organizar y equipar a los guerrilleros afganos y la discreta salida de cientos de ciudadanos saudíes del

territorio norteamericano tras el 11-S, cuando estaban cerradas todas las puertas para los oriundos del Próximo Oriente, son otros tantos capítulos de esta relación de tintes neocolonialistas entre un gran país occidental y Arabia, una de las más siniestras dictaduras de nuestros tiempos.

Conflictos religioso–sociales en los países islámicos

El **terrorismo islamista** aparece en Arabia, al menos en parte, como una reacción a la presencia tan significativa de «infiel» en un país considerado todo él como lugar sagrado del islam. En los barrios pobres, se multiplican los lugares de reunión clandestinos que se distancian de las mezquitas tradicionales. En diciembre 2004, Bin Laden llegó a acusar de traidor al mismo heredero de la Casa Real saudí, quien se habría sometido a los dictados de Washington por miedo a que sus hermanos pudieran eliminarlo con ayuda estadounidense; y transmitía instrucciones a los suyos para atentar contra la industria del petróleo en Irak y en todo el Golfo Pérsico, es decir, también en Arabia: «*Desplegad vuestros esfuerzos para impedir que los estadounidenses se adueñen del petróleo*».

Marruecos es un caso parecido. Los atentados del 16 de mayo de 2003 (33 víctimas y 12 terroristas suicidados) pusieron de manifiesto el grave conflicto interno entre la religión y la política oficial, encarnadas en la monarquía, estrechamente aliada con los EE UU, por una parte, y los salafistas del *takfir* Wal-Hijra (una escisión de los egipcios Hermanos Musulmanes), por otra parte. Éstos han declarado «apóstatas» a la sociedad y al Estado marroquí. Controlan los suburbios más míseros de Casablanca y otras ciudades (el 10% de la población urbana marroquí vive en chabolas). La policía no se atreve a entrar en esos suburbios. Allí se hacían los desarraigados de las campiñas miserables (el éxodo rural es masivo) y se reclutan los combatientes del nuevo islam (en 2002 se contabilizaron unos 166 asesinatos por motivos político–religiosos). Los expertos hablan de guerra religiosa en el interior del islam o de desintegración del islam tradicional. Por ahora,

los takfiristas forman grupos autónomos sin mando unificado; si llegaran a unirse, constituirían un grave peligro para el régimen.

En la vecina **Argelia**, la emergencia del nuevo islam de rostro más social data ya de casi 15 años. En 1990 el FIS (Frente Islámico de Salvación) triunfaba en los comicios municipales y ganaba la primera vuelta de las legislativas de 1991, tras la cual quedó suspendido el proceso electoral y se produjo el golpe de Estado militar —con gran alivio de las cancillerías occidentales, que en ese momento no se distinguieron como defensoras de la democracia—. El golpe abrió la puerta a una guerra civil que se ha cobrado 200.000 muertos.

Sadam Husein, de socio a enemigo

Los estatutos del tribunal que ha comenzado a juzgar a Sadam Husein no permiten implicar en el proceso ni a los EE UU ni a ninguna otra potencia occidental ni acusar de complicidad a ningún ciudadano extranjero. Sin embargo en los últimos 40 años cinco presidentes norteamericanos, tres franceses, varios premiers británicos y numerosos hombres de negocios occidentales han sido cómplices, a veces coautores, de los crímenes cometidos por el régimen baasista. EE UU apoyó, con dinero abundante y equipos técnicos, el golpe de Estado del Baas del 8 de Febrero de 1963, a pesar de que este partido estaba torturando y matando a miles de comunistas y simpatizantes de la izquierda (la CIA se encargó de proporcionar las listas de sospechosos), y además regaló mil bombas de napalm para bombardear las aldeas kurdas.

La cruel guerra con el enemigo iraní (un millón de muertos) comenzó cuando el presidente Carter dio luz verde a Sadam, además de proporcionarle toda clase de armas —incluidas bombas de fragmentación—, e información obtenida por satélite sobre las posiciones enemigas y los objetivos a bombardear. Por supuesto, no desconocía la utilización de armas químicas por parte irakí.

Posteriormente, Francia y EE UU intervinieron para impedir que el régimen de Sadam fuera condenado por haber gaseado, en 1988, a

cinco mil civiles de la localidad kurda de Halabja. Los gases letales habían sido importados de Alemania. Roland Dumas, ministro francés de Asuntos Exteriores en aquel momento, haría más tarde la siguiente confesión: *«Es cierto que Occidente cerró los ojos, ya que Irak era un país que considerábamos necesario para el equilibrio de la región»*. De hecho, Francia fue, durante aquella guerra, el principal proveedor de armas a Irak: los laboratorios Pasteur le vendieron gérmenes biológicos y la empresa alsaciana Protec montó una fábrica de gas de combate en Samarra. Por su parte, la americana Bechtel, una de las que han financiado las campañas electorales de los Bush, le vendió una fábrica química. Las potencias occidentales tenían muy claros sus dos objetivos del momento: frenar a Irán y, de paso, hacer negocios. Más tarde los «daños colaterales» se pondrían enteramente en el debe del dictador.

«Tempestad en el desierto»

Hasta que, para sorpresa del mismo Sadam Husein, occidentales e irakíes se encontraron frente a frente en una guerra abierta. Ocho días antes de invadir Kuwait, porque la actitud kuwaití aumentando su producción para bajar el precio del crudo le pareció un complot montado con el fin de arruinar su país, Sadam convocó a la embajadora de los EE UU, la señora April Glaspie, para comunicarle que la postura kuwaití equivalía a una declaración de guerra, a lo que la diplomática contestó que los EE UU *«se mantendrían al margen en caso de producirse un conflicto de fronteras entre Irak y Kuwait»*, declaración que dos días después repetiría en Washington el secretario de Estado adjunto, John Nelly. Semanas más tarde, el miembro del congreso Tom Lantos, en un discurso público, declararía que *«la actitud obsequiosa hacia Sadam Husein, manifestada desde el más alto nivel del gobierno americano, lo animó a invadir Kuwait»*. De nuevo, una responsabilidad compartida y hoy no reconocida.

El final de aquella primera *Guerra del Golfo* sigue pareciendo inexplicable, sobre todo para quienes esperaban la caída del dictador. Al término de aquella campaña relámpago, los EE UU y sus aliados

empujaron a la sublevación a chiíes y kurdos. Sin embargo, poco después, el presidente Bush daba la orden de detener las operaciones. Y en el acuerdo de paz con los generales vencidos se les permitía disponer de sus helicópteros de combate... que éstos utilizaron para aplastar la sublevación. Resultado: decenas o tal vez centenares (es la matanza más masiva de la que se acusa a Sadam Husein) de miles de víctimas. Motivo: evitar que un levantamiento popular no controlado de los sectores étnicos o religiosos con el consiguiente incremento de la influencia iraní. «*En aquel momento —reconocería más tarde el jefe del estado mayor francés Maurice Schmitt— preferíamos al tirano antes que al poder de los religiosos*» [chiíes].

Un embargo mortífero

La opinión internacional se sorprendió de que uno de los primeros y más graves atentados de la insurgencia irakí, tras la segunda Guerra del Golfo, fuera el cometido contra la sede de la ONU en Bagdad (agosto de 2003). Explicación —que no justificación—: el embargo decretado por el Consejo de Seguridad había causado en doce años, según la misma ONU, la muerte de 500.000 a un millón de niños. Durante ese tiempo, los bombardeos de americanos y británicos dañaron sistemáticamente las redes de agua potable, el sistema de alcantarillado y las centrales eléctricas, mientras se impedía la importación de las piezas de recambio necesarias para efectuar las reparaciones. Sin embargo no se produjo la esperada sublevación contra el tirano, porque el pueblo no culpó de la situación a Sadam sino a los EE UU. Hoy en día, casi dos años después de la segunda invasión de Irak, la situación sanitaria (agua potable y red hospitalaria) sigue siendo igual de precaria.

El fondo de la cuestión

Este somero recuento de los más graves conflictos entre Occidente y los países musulmanes del Magreb y Próximo Oriente en los últimos cien años señala claramente al factor político-económico como el de

más peso. Sin un giro radical por parte de los occidentales en su manera de abordar sus relaciones con los países árabes y musulmanes no puede esperarse una pacificación en ambas regiones. Europeos y estadounidenses se contentan con mantener buenas relaciones con unos dirigentes muy alejados del sentir popular y no parecen tener en cuenta el nuevo nacionalismo árabe (además del persa, afgano, etc.) que se afirma cada vez con más fuerza desde hace medio siglo.

En cuanto al factor religioso, no es posible descartarlo totalmente, sobre todo del lado de los pueblos y regímenes árabes y musulmanes. En el bando occidental, la opinión pública, al menos a este lado del Atlántico, no se toma en serio las invocaciones a Dios del presidente Bush. Los islamistas más radicales atacan al «enemigo lejano» (Europa y EE UU, principalmente), para galvanizar a las masas musulmanas contra el «enemigo cercano», que son los regímenes árabes actualmente en el poder. Aunque un sector de los musulmanes que viven en Europa no quiere que se hable de «terroristas islámicos o islamistas», es un hecho que el islam tiende a integrar las diversas dimensiones de la vida: religiosa, cultural, política, económica... Por otra parte, dentro del islam coexisten sensibilidades religiosas notablemente diferentes. Por ello, parece correcto distinguir la religión *islámica* de la ideología *islamista* que utiliza la fuerza de la religión como ariete político o militar. Pero, dado que los terroristas invocan continuamente motivos religiosos, sería necesario que las máximas autoridades religiosas del islam desautorizaran a los terroristas y exigieran el empleo únicamente de los métodos reconocidos por las leyes internacionales. Sin embargo, en las actuales circunstancias, hay muy pocas probabilidades de que tal desautorización se produzca y menos aún de que surta el efecto deseado.

Finalmente, dentro de las motivaciones religiosas del conflicto, es preciso reconocer la enorme repercusión que tiene en todos los países musulmanes la sistemática conculcación de los derechos de los palestinos, unos derechos íntimamente relacionados con los lugares santos del islam en Jerusalén y Palestina, conculcación que se está produciendo sobre todo gracias al apoyo incondicional de los EE UU.

Cristianos y musulmanes deberíamos intentar una vuelta a las intenciones primeras de los fundadores de ambas religiones, cosa que, en teoría, parece más fácil de realizar para los cristianos.

Por parte occidental, sería de desear también un mayor esfuerzo por delimitar y no confundir intereses económico-políticos y valores religiosos. La tan traída y llevada «*guerra de civilizaciones*» suena cada vez más como un intento de coartada ideológica para justificar intereses y abusos que tienen muy poco que ver con la civilización. En su lugar, los occidentales deberían apoyar a los partidos democráticos de la región y a quienes intentan avanzar en esa dirección. Ello implicaría marcar distancias con todas las dictaduras corruptas. Pero aquí tropezamos de nuevo con el tema del petróleo: los jeques árabes garantizan el suministro del preciado «oro negro» a cambio de que los EE UU se comprometan a defenderlos de cualquier intento de cambio de régimen.

Aquí parece estar el fondo de la cuestión. Los expertos calculan que, al ritmo actual, la humanidad dispone de petróleo para cuarenta años. Las dos terceras partes de las reservas se encuentran en el Próximo Oriente. Y se prevén nuevos «choques petroleros». Esta puede ser una explicación suficiente de la encarnizada guerra desencadenada en esa región, al mismo tiempo que de la extraña alianza entre dos representantes muy señalados de la civilización occidental (los EE UU) y la islámica (Arabia Saudí). ■